

# Papeles del 450 aniversario

nº 63

Colegio Ntra. Sra. de los Infantes

9 de mayo 1557 a 9 de mayo de 2007



## In Memoriam

Esther Moratiel Pellitero  
Antigua alumna

El 13 de abril se cumplió el primer aniversario de la muerte de Jesús Hornillos, y sin embargo todavía nos cuesta hacernos a la idea. Un año podría ser suficiente para hablar de él con la objetividad que dicen que da el tiempo, pero sinceramente no creo que sea posible. Es el riesgo que se asume al escribir sobre alguien a quien quieres (“quieres”, en presente): es más fácil dejarse llevar por los sentimientos. Es cierto que sería más sencillo limitarme a una exposición ordenada de la carrera docente de Jesús Hornillos, de su relación

con el colegio o de las distintas actividades a las que fue aportando su granito de arena. Seguro que preguntando aquí y allá podríamos llenar bastantes folios. No sólo sería más fácil de leer, sino también de escribir (de eso no me cabe duda), pero se trata de compartir una visión personal sobre él, una de tantas que podrían darse, porque si Jesús tenía una habilidad especial era la de hacernos sentir a cada uno único.



Hay profesiones que no se conciben sin vocación. En el caso del sacerdocio, es obvio, pero no me refiero sólo a esa “llamada”. Cualquier tarea que conlleve un trato directo con las personas requiere una sensibilidad especial, o por lo menos así debería ser. Parece algo muy simple, pero no es lo mismo trabajar con papeles que con gente. Y más cuando tienes en tus manos niños y adolescentes. Son etapas difíciles, no nos dejamos modelar y todos, cada uno a nuestra forma, damos bastante guerra. Enseñar historia puede ser complejo, y aún así lo hacía, pero marcar pautas para crecer en lo personal es, ante todo, una gran responsabilidad. Me preguntan por Jesús como maestro, Jesús visto por una alumna de Infantes. Mi imagen no es la de Jesús en un aula. Le veo “dando clase” en un coche de camino a San Pablo. No es difícil imaginar un día a mediados de junio, pongamos de hace casi un par de años. Hay que revisar las instalaciones del campamento, y aunque la enfermedad va dejando huella, Jesús quiere ir para explicarnos esas cosas que sólo él sabía cómo funcionaban. Fue suficiente el trayecto de Guadamur a San Pablo para que nos dejara claras las causas y consecuencias del conflicto árabe-israelí. Puede sonar demasiado serio, quizá hasta aburrido, pero la mayoría de las “clases” de Jesús empezaban de la forma más simple para terminar entre bromas, pero habiendo hablado de los temas más dispares. Aquel día bastó un comentario sobre las noticias de la noche anterior, y entre anécdotas curiosas y reflexiones algo más serias nos pintó una línea del tiempo para encajar muchos años de historia universal. Reconozco que muchas veces le tirábamos de la lengua, ¡pero estoy convencida de que él también disfrutaba! Supongo que sería el discurrir tan natural de la conversación lo que nos llevaba a profundizar en casi cualquier punto. De hecho, al terminar solíamos hacer más o menos el mismo comentario: si alguien me dice que a esas horas de la mañana, todavía adormilada en el coche, tengo que estar pendiente de una clase de historia y además aprender, lo dudaría bastante. ¿El encanto de sus clases? Que una sobremesa bien aprovechada valía lo que muchas catequesis, o un ratito libre a media tarde, una clase de primeros auxilios. No sólo es necesario saber, hay que saber transmitirlo. Jesús se ponía a la altura de quien le estuviera

escuchando, y si hacía falta empezaba desde cero para que tú mismo, con él de la mano, fueras avanzando.

Jesús enseñaba, pero Jesús quería seguir aprendiendo. Decía que observando es como más se aprende. Si había una periodista en la mesa, preguntaba, debatía y nos involucraba a los demás como mudos partícipes. Le gustaba el Derecho, y se movía con toda naturalidad entre leyes y reglamentos, ya fuera legislación educativa o permisos de obras. Tanto papeleo le había dejado un bagaje jurídico importante, y aún así seguía manteniendo el interés, como por todo lo que le rodeaba. Una mente inquieta que contagiaba ilusión.

Jesús enlazaba un curso con otro gracias a los campamentos. Digo “enlazaba” porque siempre nos presentó esos días en la naturaleza como un proyecto educativo con entidad propia, distinto al del colegio, pero complementarios. El “gracias a”, porque el campamento era el balón de oxígeno que el cuerpo pedía a medida que se acercaba el verano. La norma básica estaba muy clara: hay que hacer en cada momento lo que hay que hacer. Así de sencillo y así de complicado. Y sin embargo, con él se cumplía. Sabíamos que él estaba allí, era tranquilizador saber que lo controlaba todo (arreglos, llamadas, permisos, seguros,...) y que a la vez nos dejaba hacer. Nos permitía crecer, hacernos responsables de nuestra tarea diaria, equivocarnos y a la vez disfrutar de cada momento. Nos enseñó a ver a cada acampado a través de sus ojos: como personas de quienes podemos aprender mucho si prestamos un poquito de atención. Supo mantener vivo el niño que dicen que todos llevamos dentro, el suyo y el de los que le rodeábamos. Y aunque a primera vista no tuvieran nada que ver, consiguió que esos niños jugaran juntos, y más que un equipo de trabajo, formaran casi una familia. En esa gran familia han tenido cabida las personalidades más dispares, pero Jesús nos conocía a cada uno con virtudes y defectos. Aprovechaba las primeras y nos enseñaba a sacar lo mejor de los segundos. El secreto pudo estar en que todos nos sentíamos útiles en un proyecto común que nos ilusionaba cada año. Soy incapaz de explicar cómo lo consiguió durante tanto tiempo y con tanta gente, supongo que era líder por naturaleza y ahí estaba parte de su encanto.



Celebraba la Eucaristía entre árboles, generalmente al atardecer y en ese ratito de reflexión movía los hilos más sensibles de cada uno de los que estábamos por allí, pequeños y no tan pequeños. Sin nombres, sin detalles concretos, aprovechaba cualquier oportunidad para hacer un guiño cómplice que el destinatario comprendía sin problema. Combinaba la exposición del problema (ese que existía aunque no quisiéramos verlo) con un esbozo de

solución. Siempre había un hueco para sacarnos del vaso de agua en que nos empeñábamos en ahogarnos. Dicho en voz alta, o más bien, dicho por él en voz alta, ya no era tan grave. Le gustaba hacernos leer entre líneas, de forma que sin motivo aparente, un par de personas podían tener una lágrima a punto de escaparse, una media sonrisa o un serio problema para contener la carcajada.



Tenía un humor especial, carismático, que mantuvo incluso en los momentos más duros. Parece mentira, pero siendo él el enfermo mostraba a menudo más fortaleza moral que el resto. Era realista, capaz de analizar una situación adversa con objetividad envidiable, y al mismo tiempo levantaba el ánimo general. Siempre fue más útil enseñar con el ejemplo, tanto a la hora de afrontar una mala noticia como para arreglar un grifo. Ser el primero en llevar a cabo una tarea difícil, hacerla él mismo antes de delegarla fue, ante todo, una filosofía de vida. Su día a día fue lo mejor que nos pudo enseñar.

Consciente de que nos encontrábamos cuanto menos en un punto y aparte, Jesús recopiló los últimos quince años de campamento con el Colegio Nuestra Señora de los Infantes. Pasarán muchos años y seguirá jugando con las emociones de todos los que tuvimos la suerte de aprender con él, pues reímos y lloramos a partes iguales según avanzan música, letra e imágenes. Con todo el cariño al autor, le tomo prestado el final, que en pocas palabras dice más de él que todo lo que yo pudiera contar: *“Nunca hemos sabido si estábamos llamados a ser manantial caudaloso o gota de rocío en la mañana. Pero más grandioso o más sencillo, lo tuvimos, lo tenemos y lo tendremos claro. Muy claro. Hemos sido servidores que en cada momento han hecho lo que tenían que hacer”*.